

nia que rechazar los ataques de un gran número de canoas llenas de salvajes armados. Continuó, sin embargo, bajando por el rio, y despues de haber luchado durante siete meses contra privaciones, fatigas y peligros de toda especie, llegó al desembocadero del Marañon. Entonces mas que nunca necesitaba de todo su valor y de toda su energía, porque era forzoso abandonarse con tan frágil embarcacion en medio del grande Océano hasta llegar á una colonia española. En fin, despues de haber andado algunos centenares de leguas llegó á Cubaña, situada no lejos de la costa de Tierra Firme.

Desde allí se apresuró á volver á España, donde obtuvo el resultado que se habia prometido de su pérfida conducta con Gonzalo. La relacion de sus aventuras escitó una sorpresa general; pero valiéndose de esta feliz disposicion de los ánimos á dar crédito á sus palabras, recurrió á la mentira y añadió lo maravilloso á lo verdadero. Todos los cuentos que imaginó en el interés de su vanidad, gozaron por mucho tiempo de un gran crédito, y solo en nuestros días es cuando los ha desvanecido la ciencia.

Orellana aseguraba que en las comarcas que habia atravesado, el oro y pedrería eran tan abundantes como los guijarros en nuestros campos; que otros países estaban solo habitados por mugeres guerreras cuya fuerza igualaba á su valor, lo que hizo dar al país regado por el Marañon el nombre de *Pais de las Amazonas*, y al mismo rio el de *Rio de las Amazonas*, nombres que han conservado. Una de estas comarcas, que no se designa, fué tenida por el país del oro, y se llamó *el Dorado*. Los primeros viageros que probaron la falsedad de los asertos de Orellana, han sido la Condamine, sábio francés que recorrió por entero el país de las Amazonas, y despues de él madama Godin, á la que determinó á emprender su viage el afecto que profesaba á su marido.

Llegó entretanto Gonzalo á la confluencia del Napo y del Marañon, donde esperaba encontrar á Orellana con los cin-

cuenta hombres que mandaba y una provision de víveres; pero cuál fué su doloroso asombro cuando no vió barcas ni hombres! Lejos de concebir sospechas por la ausencia de Orellana, se figuró que algun accidente le habria obligado á descender todavía mas abajo, y resolvió seguir marchando por la orilla del rio, hasta que encontró al español que Orellana habia hecho poner en tierra. La noticia de la traicion del pérfido comandante puso á Gonzalo y á sus compañeros en una cruel peregrinidad. Casi desesperados por la traicion de Orellana, que se habia llevado hasta sus bagajes que iban en la barca, estenuados de hambre y de fatiga en medio de una comarca desierta y estéril, los soldados pidieron á voces que los volviesen á Quito, y Gonzalo no tuvo mas remedio que consentir, dando la vuelta hácia el Perú.

Habia cuatrocientas leguas desde allí á Quito, y era probable que volviesen á ver esta ciudad muy pocos de cuantos habian resistido hasta entonces los padecimientos y fatigas de una marcha tan larga y penosa. Sin embargo, se reanimó su valor creyendo que no sufririan tantos obstáculos, tomando diferente camino del que habian traido: pero esta esperanza fué tambien cruelmente burlada. El pais en que se internaron era todavía mas estéril que el que antes habian átravesado. El hambre les obligó á matar sus caballos y sus perros, y cuando se acabaron estos recursos, mascarón hojas de árboles, comieron algunos insectos y hasta royeron las correas de las sillas y de los cinturones. Sus vestidos se caian á pedazos, sus cuerpos estaban cubiertos de llagas y de úlceras, producidas, por las picaduras de los insectos, las espinas y el poco aseo. Doscientos españoles y casi todos los peruanos habian perecido, cuando los restos del pequeño ejército de Gonzalo llegaron á cincuenta leguas de Quito.

Los últimos soldados de Gonzalo y su mismo gefe hubieran sucumbido sino hubiera salido á buscarlos un destacamento con víveres, vestidos y algunos caballos. A vista de este ines-

perado socorro, experimentaron tan grande alegría que se arrojaron á tierra para besarla; pero sin la prudencia de su gefe, que por algunos dias redujo el alimento de cada soldado á una muy corta racion, el ánsia de aquellos hombres hambrientos les hubiera sino funesta. Como no habia bastantes caballos para toda la tropa, Gonzalo y sus oficiales quisieron dejárselos á los soldados mas débiles, continuando su camino desnudos y á pie hasta llegar á Quito. Allí sus mas íntimos amigos apenas los conocian, tan profundas eran las huellas que los padecimientos habian dejado en sus semblantes.

Durante la ausencia de Gonzalo, habia ocurrido en Lima un suceso extraordinario, cuya noticia fué un golpe terrible para él.

El lector no habrá olvidado sin duda, que Almagro dejó un hijo á quien designó para que le sucediese. Educado con el mayor esmero por un oficial hábil é instruido, llamado Juan de Rada, el jóven se manifestaba ya por sus bellas cualidades digno del papel que estaba llamado á representar en la escena en que tanto se habia distinguido su padre, á quien se parecia mucho en la intrepidez y firmeza de carácter. Pizarro, que le temia, le tuvo preso por algun tiempo juntamente con su ayo, y al fin le puso en libertad, bajo condicion de que no habia de salir de Lima. Creyó que sujetando la conducta del jóven Almagro á una activa vigilancia, nunca le daria tiempo para que hiciese valer sus derechos y dispusiese un levantamiento á su favor; pero Pizarro no advirtió las frecuentes reuniones que se verificaban en casa de Almagro. Allí era la cita de todos los antiguos amigos y partidarios de su padre, y allí formaron una conspiracion para matar á Pizarro y sus allegados. Juzgaron que la ausencia de los dos hermanos del gobernador era muy favorable á la ejecucion de sus designios, y se prepararon á ejecutarlos.

Pero estos conciliábulos habian llamado la atencion de los amigos de Pizarro, que no pudieron menos de comunicarle sus

sospechas y sus temores. «No tengais cuidado por mi vida, respondió el gobernador; el poder que tengo para cortar la cabeza á los demas, garantiza la seguridad de la mia.» Los conjurados, queriendo penetrar sus disposiciones y aumentar su seguridad, confiaron á Rada esta delicada comision. Pidió éste permiso para hablar al gobernador, y le encontró paseándose en su jardin y cogiendo limones. Recibió á Rada con mucha cortesía y aun le ofreció uno de los limones que tenia en la mano, diciéndole eran los primeros que se cogian en Lima.

Rada, aparentando una viva inquietud, respondió á Pizarro cuando le preguntó el motivo de ella, que habia oido hablar de un siniestro proyecto atribuido al gobernador; que se trataba nada menos que de la muerte del jóven Almagro y de sus infelices amigos, condenados á morir para disipar una injusta desconfianza provocada con odiosas calumnias. Rada representó su papel con tal destreza, que Pizarro se afaná en tranquilizarle, jurándole que jamás habia pensado semejante cosa, á pesar de que continuamente estaba recibiendo avisos de conspiraciones tramadas contra él. Rada fingió indignarse por estas denuncias, y suplicó á Pizarro que le permitiera alejarse con el jóven Almagro, de Lima, donde su presencia parece que autorizaba tan odiosas suposiciones, quitando asi todo pretesto al odio y la desconfianza. ¿Pizarro suscribió á esta petición? Los historiadores no han dado á conocer la determinacion del gobernador, y dicen únicamente, que aseguró á Rada que ya dispondria le diesen cuanto le hiciese falta. Rada al despedirse de Pizarro, le besó la mano y corrió á participar á los conjurados el resultado de su entrevista, quedando aplazada la ejecucion del proyecto para el próximo domingo 26 de junio de 1544.

El viernes, uno de los conspiradores, acosado por los remordimientos, descubrió el proyecto á un sacerdote, que se apresuró á ir á informar al gobernador; pero éste, cuya confianza y seguridad no podian ser alteradas por ningun aviso,

respondió que no podía creer existiese una conspiracion contra sus dias, y que la visita reciente de Rada, y sus sinceras protestas le autorizaban para considerar este aviso de una conspiracion imaginaria, como cálculo de alguno, que teniendo que pedirle algun favor, queria valerse de aquel pretendido descubrimiento como de un título á su gratitud. Despues de haber despedido con buenos modos al eclesiástico, fué á tenderse en el lecho.

Sin embargo, al dia siguiente se levantó con menos confianza, y creyó que debia tomar algunas precauciones. Hacia ya mucho tiempo que sus amigos le aconsejaban formase una guardia para seguridad de su persona; però él se temia que, cuando se estaba esperando de un momento á otro la llegada de un comisario español, aquella providencia se interpretase como una garantía contra el poder del nuevo enviado de la córte de España, y esta consideracion le impidió el tener cerca de su persona un destacamento de su soldados.

Como el aviso que habia recibido decia que el domingo habia de estallar la conspiracion, no quiso en este dia salir de su casa, y en lugar de ir, segun su costumbre, á la iglesia para oir misa, hizo que se la dijese en su aposento. Al medio dia fueron llegando sus principales oficiales á quienes habia convidado á comer: esta era la hora fijada por los conjurados para atacar al gobernador, porque en aquellos paises donde reinan grandes calores, el centro del dia suele destinarse al sueño.

De improviso Rada sale de casa de Almagro y se precipita á la calle al frente de diez y ocho conjurados armados de pies á cabeza, y gritando con las espadas desenvainadas: «¡Viva el rey! ¡muera el tirano!» A esta señal que estaba convenida, los demas conjurados dispersos por la ciudad, acuden todos al palacio del gobernador. Acababa éste de levantarse de la mesa y continuaba conversando con sus amigos, mientras que la mayor parte de su servidumbre se habia retirado á descansar. Los conjurados, favorecidos por esta circunstancia que les permitió

penetrar sin ser vistos en lo interior del palacio, ya eran en cierto modo dueños de él antes que Pizarro supiese su llegada. Rada habia tenido la precaucion de dejar un conjurado á la puerta, encargándole que gritase á los que fuesen llegando: «¡El tirano ha muerto!» Asi es que todos los amigos del gobernador, que acudian á socorrerle, engañados con este grito, se volvieron creyendo que habian llegado demasiado tarde.

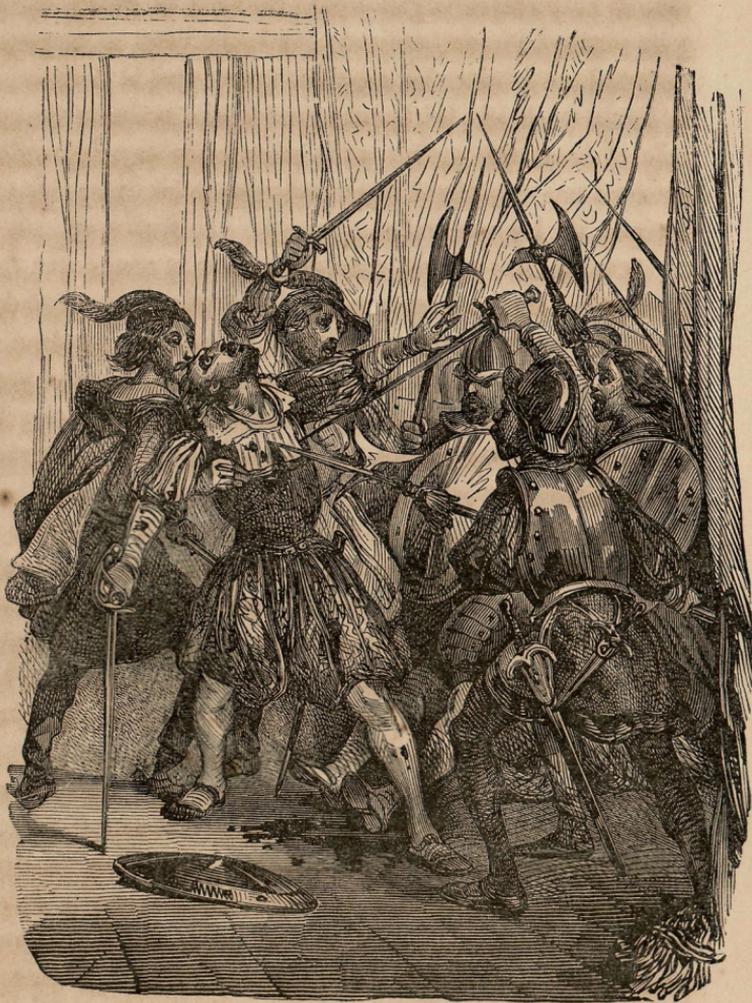
Llegaban ya los conjurados á la escalera del aposento de Pizarro, cuando fueron vistos por uno de sus pages, que se precipitó en el aposento anunciando su llegada. Pizarro, intrépido como en un dia de batalla, se levantó y mandó á uno de sus oficiales que echase el cerrojo á la puerta para tener tiempo de armarse; pero aquel hombre estaba aturdido, y sin obedecer la orden de Pizarro, salió hasta la escalera para preguntar á los conjurados cuales eran sus intenciones: ellos le dieron por toda respuesta un sablazo que le tendió sin vida en el pavimento y en seguida entraron en la sala.

No encontraron al gobernador, que habia entrado en la pieza inmediata para armarse: estaba acompañado de Alcántara, su hermano (4), dos amigos y dos pages ya mancebos. Todos los demas saltaron por una ventuna, viendo entrar á los conjurados que se precipitaron en el aposento donde estaba Pizarro. Sin acabar de ajustarse la coraza, cogió su sable y su escudo y salió al encuentro de los conjurados gritando á los pocos amigos que le eran fieles: «¡Valor, camaradas! ¡Todavía somos bastantes para castigar la temeridad de estos traidores!» Armóse entonces una lucha terrible entre adversarios animados de igual uror; pero esta lucha era muy desigual para que pudiese durar mucho tiempo. Los conjurados, armados de pies á cabeza

(4) La diferencia del apellido consiste en que era solo hermano por parte de madre. Los Pizarros eran cinco hermanos: legitimo solo Hernando, y los otros don Juan y Gonzalo, bastardos como el gobernador. El otro hermano por parte de madre, que es el que ahora se cita, se llamaba Francisco Martín de Alcántara.

[The text in this block is extremely faint and illegible, appearing as a large rectangular area of light brownish-grey color.]





Recibió una estocada en la garganta que le hizo caer muerto á los
pies de los conjurados.

tenian demasiado ventaja sobre sus contrarios, espuestos casi sin defensa á sus golpes. Alcántara fué el primero que cayó al lado de su hermano; algunos otros tuvieron la misma suerte, y en cuanto á Pizarro, teniendo que hacer frente á numerosos acometedores y evitar los repetidos golpes que le dirigian, se le fueron acabando las fuerzas poco á poco teniendo tan cansado el brazo que apenas podia manejar la espada: recibió entonces una estocada en la garganta que le hizo caer muerto á los pies de los conjurados.

Acto continuo salieron estos del palacio y recorrieron toda la ciudad, blandiendo sus espadas desnudas y ensangrentadas, para anunciar la muerte del tirano. Doscientos cómplices se agregan á ellos y pasean por todas las calles de Lima al jóven Almagro, montado á caballo, publicando que es el único y legitimo gobernador del Perú. El palacio de Pizarro y las casas de sus principales partidarios son abandonados al saqueo.

Los criados de Pizarro llevaron su cuerpo á la iglesia de Lima, pero nadie se atrevió á darle sepultura. Al fin un antiguo criado llamado Bárbara, pidió licencia al nuevo gobernador para tributar los honores fúnebres á su antiguo amo. Almagro se la concedió, y el fiel servidor, ayudado de su esposa, enterró á Pizarro antes que los conjurados le cortasen la cabeza para esponerla en medio de la calle.

Asi terminó la existencia de un hombre que reunia eminentes cualidades y talentos que infunden admiración, á vicios y defectos que le hacian odioso y despreciable. Valiente hasta la temeridad, firme, sufrido, hábil para proporcionarse recursos en la adversidad, dotado de una maravillosa penetracion para conocer á los hombres y hacerlos servir á la ejecucion de sus designios, habia adivinado el secreto de ejecutar cosas grandes con muy escasos recursos; pero tambien era falso, disimulado, pronto á sacrificarlo todo á su ambicion y á sus resentimientos, y muchas veces cruel. Su muerte pareció el justo castigo de su conducta con Atahualpa, con Almagro su asocia-

do y amigo y otros muchos que hizo perecer. «Era, dicen los historiadores contemporáneos, de una constitucion robusta: en él la energía de carácter y la constancia se equilibraban con el extraordinario vigor de su cuerpo. Asi que se encontraba armado se creia invencible, y le sucedió muchas veces precipitarse en medio de los enemigos, sin esperar á sus tropas á quienes costaba trabajo alcanzarle: tan grande era la confianza que tenia en su valor y en la fuerza de su brazo.»

Privado de toda clase de instruccion, porque ni aun sabia firmar, la suplía con su inteligencia natural, ayudada de la atencion, la paciencia, la reflexion y la actividad. Cada vez que su firma era necesaria se limitaba á trazar dos rasgos de pluma, entre los que su secretario escribia las palabras: *Francisco Pizarro*. Habia en él el germen de un grande hombre; pero faltó la educacion para desarrollar aquella tosca obra de la naturaleza. Meditando sin cesar empresas grandiosas, los obstáculos y las dificultades nunca parecian insuperables á su teson: su alma no era estraña á los nobles sentimientos, á los ímpetus de la generosidad; pero casi siempre eran comprimidos por la ambicion, por la sed de mando y por el orgullo. He aqui dos rasgos de su vida que forman singular contraste con las crueldades que le atribuye la historia.

Habiendo sabido cierto dia que uno de sus oficiales, que no estaba rico, habia perdido el caballo, ocultó bajo su ropa un tejo de oro de diez libras, con ánimo de regalársele para que comprase otro caballo, y se dirigió á un juego de pelota, donde solia concurrir aquel oficial. Cuando llegó no estaba allí y entonces resolvió esperar que viniese. Invitado por algunos amigos á entrar en la partida, aceptó la invitacion; pero queriendo que se ignorase el motivo que allí le traia, no se quitó la ropa y permaneció tres horas largas cargado con un peso tan incómodo, sobre todo para un jugador. Al fin se presentó el oficial, y Pizarro llamándole aparte, le entregó el tejo de oro, diciéndole que de buena gana le hubiera dado tres veces mas,

con tal que hubiera venido cuanto antes á quitarle aquel incómodo peso durante el juego. En general se ha observado que se complacia en ocultar sus beneficios, y la discrecion de su generosidad, siempre acompañada de delicadeza, revela el instinto natural de un noble corazón.

Al pasar un rio en una de sus expediciones, cayó al agua uno de sus criados indios, que le tenia dadas repetidas pruebas de cariño y lealtad. Aquel infeliz arrebatado por la rápida corriente iba á perecer, cuando Pizarro, visto el peligro que corria, se arroja á nado, ase al indio por los cabellos y consigue sacarle á la orilla. Sus amigos, que habian temblado por su vida, viéndole esponerse á una muerte casi segura por salvar á un miserable indio, no pudieron menos de reconvenirle. «Bien se conoce, contestó él, que no sabeis cuanto vale un buen criado.» Palabras admirables, que nunca estaria de mas repetir á la opulencia egoista é ingrata que cree pagar con algunas monedas la lealtad de un buen servidor.

Pizarro era estremadamente sencillo en su modo de vestir: llevaba diariamente una ropa negra que le bajaba hasta los tobillos, zapatos blancos y sombrero gris. Algunas veces, por complacer á sus amigos, que temian que la demasiada sencillez del traje perjudicase á la autoridad del gobernador, se ponía un vestido de etiqueta guarnecido de martas, que era regalo de su amigo Hernan Cortés; pero asi que volvía de la iglesia se le quitaba y se quedaba vestido á la ligera, con un pañuelo alrededor del cuello para enjugarse el sudor de su frente y de su rostro. En tiempo de paz, pasaba todos sus momentos de ocio en jugar á los bolos y á la pelota, juegos á que tenia grande aficion. Jugaba con el primero que llegase, sin reparar en su estado y condicion: afable hasta la familiaridad, miraba á todos los jugadores como iguales suyos, y exigía que durante la partida no mirasen en él al gobernador del Perú. Asi es que no permitía que le alcanzasen la bola ó la pelota, que le evitasen ninguna de las fatigas y molestias del juego.

Daba á sus compañeros el ejemplo de una adhesion y escrupulosa fidelidad al emperador. Cuando se apartaba en cada presa el quinto de la corona, solia levantarse de su asiento para recoger las partículas de oro que se caian de la balanza y las añadía á la parte correspondiente al emperador: Como algunos circunstantes se sonriyesen al verle ejecutar esta accion «Sino tuviera manos, les dijo, recogería estos pedacitos con mi boca.» Esta escrupulosidad la miraba él como uno de sus principales deberes.

XIV.

NAUFRAGIO DEL SLOOP BETSEY EN 1756.—MAR DE LAS ANTILLAS (1).

El naufragio que en la costa de la Guyana holandesa ocurrió en agosto de 1756 al capitan Felipe Aubin, nos parece acompañado de particularidades propias á escitar la curiosidad é interés de nuestros lectores: entresacamos sus pormenores de la relacion misma del capitan, pues nadie mejor que este valiente marino puede describir los peligros que corrió y los males que sufrió en esta ocasion.

Me di á la vela, dice, el 1.º de agosto de 1756, y partí de la bahía de Carlisla para ir al Surinam, establecimiento holandés del continente. La bahía de Carlisla se halla contenida en la rada de Bridgetown, en la parte meridional de la Barbada, una de las Antillas. Mi sloop ó barco bermudiano, construido de cedro, contenia en su cargamento entre otras muchas cosas, cierto número de caballos. En la noche del 4 de agosto, una oleada inmensa, que pasó por cima de proa, hundió el barco de

(1) Extracto de las *Aventuras de los viajeros*, por P. Blanchard.

tal modo, que arrebató cuanto habia en el puente, y nos sumergió hasta la garganta en el mar. La mitad de la tripulacion, compuesta de ocho hombres, sin contarme yo, pereció en sus lechos mismos, sin tiempo para exhalar un suspiro. Al punto que pasó la ola, tomé el hacha colgada al lado del timon con intento de cortar los obenques é impedir que zozobrase el barco, pero fué diligencia inútil; todos mis esfuerzos no estorbaban que se tendiese sobre un costado dando en agua con el velámen; los caballos y sus tinglados voltearon unos sobre otros, sumergiendose todo en el agua.

No tenia mas que una lancha de doce á trece pies de largo fija entre la bomba y el borde del barco, y aunque la casualidad hizo que no estuviese amarrada, perdimos la esperanza de verla flotar á causa de un gran cable que tenia dentro de sí, cuyo peso la hacia ir á fondo. En tal estremidad y asido solo de un cable, me despojé de mi ropa, al propio tiempo que buscaba con ansiedad alguna escotilla, tablon ó arca á que asirme, para conservar mi vida tanto cuanto pluguiera á Dios; en esta situacion, divisé á mi segundo y á los dos marineros de cuarto (4), pendientes de un obenque, impetrando para sus almas la misericordia divina. Les exhorté diciéndoles, que el hombre que no se resignaba con la muerte, cuando agradaba á su Creador retirarlo del mundo, no era digno de vivir; les aconsejé que se quitasen los vestidos como habia hecho yo, y trataran de apoderarse del primer objeto que pudiera conservarles su vida mas tiempo. Mr. Williams, mi segundo, siguió mi consejo, se desnudó y se arrojó á nado buscando alguna cosa á que cogerse; mas apenas anduvo algun corto espacio cuando me gritó: «¡La lancha! ¡aqui está la lancha, boca abajo!...» Nadé hácia él y le encontré asido de la quilla de la lancha: combiné mis esfuerzos con los suyos para volverla, pero sin éxito; Williams, mas

(4) A bordo, el servicio de la tripulacion se divide por cuartos: generalmente no está de servicio en el puente mas que el cuarto de la tripulacion.

fornido que yo, se plegó en arco, apoyando los pies en la cinta, y cogido de la quilla, casi logró levantarla; por fin, ayudando yo con los hombros y secundados por la ola, la enderezamos, pero estaba llena de agua. Salté dentro y bajo la cabeza del palo del barco comencé á aballear los balancines de la verga grande, que se elevaba fuera del agua quince ó veinte pies de longitud cada vez que el barco chocaba entre dos olas. Con el cabo de la amarra de la lancha, teniéndole por un extremo, conseguí envolver la cabeza del palo, pero cada vez que se levantaba, nos levantaba tambien á la lancha y á mí fuera del mar; en uno de estos momentos solté el cable, y de la sacudida se vació de agua una parte de la lancha. Sin medios de sujetar por debajo el palo y los obenques, caian sobre mí y me hundian en el mar.

Despues de intentar muchas veces vaciar de agua la lancha sin adelantar mas que aporrearme cruelmente, me puse á aballearla hácia los obenques, pero el barco estaba tan sumergido, que no se divisaba mas que una parte de la popa, sobre la cual insistian asidos de un cable mi segundo y los otros dos marineros. Entonces me arrojé al agua con la amarra de la lancha en la boca, dirigiéndome hácia mis subalternos con objeto de alargársela y combinar reunidos nuestros esfuerzos á fin de sacar la lancha por bajo de la popa del barco, donde se sostenian. De este modo, aunque á costa de fracturarme un muslo en una de las sacudidas de la lancha contra el barco, logramos sacarla por debajo, si bien con el contratiempo de haberse hecho una brecha en el fondo. Al punto que lo permitieron los dolores de mi fractura, salté á la lancha y atasqué el agujero con un pedazo de blusa de uno de los hombres que no se habia desnudado porque no sabia nadar, debiendo á esta casualidad nuestra salvacion porque conservaba su blusa, una navaja que tenia en el bolsillo, y un gran sombrero de marinero holandés, recursos sin los cuales hubiéramos perecido. Asi que logramos desocupar la lancha de la mayor parte del agua, y